

MORIR EN BENARES. CUADERNO DE VIAJES

Bernardo Enrique Flores Ortega (2008).
Mérida: Universidad de Los Andes, CDCHT.

Todo lo que es, viaja.

Esta afirmación, más que pura ostentación retórica, señala hacia una verdad esencial del alma humana. La vida es movimiento, cambio, desplazamiento y, hoy más que nunca, derivación. Ulises nos remite al hecho de que, para ser plenamente, «hay que regresar al origen». Y Santayana nos dice que «la traslación, privilegio de los animales, acaso sea la clave de la inteligencia».

El viaje es, entonces, como lo podemos verificar en los episodios más significativos de nuestra memoria, la estructura simbólica del alma humana, la metáfora por excelencia de la vida misma.

Pero es que, cuando damos un paseo, cuando recordamos profundamente algo imprevisto, cuando presenciamos una obra de teatro o una buena película, cuando nos cuentan una historia, cuando conocemos algo nuevo o cuando leemos un libro, estamos haciendo un viaje.

Es, también, la figura fundamental y quizás, la condición, de todo cambio, de toda transfigura-



ción, de toda ascensión porque todas las etapas de nuestra vida en que nos originamos profundas metamorfosis, tienen en su base la estructura de un viaje. Todo rito de iniciación implica el paso de un estado inferior a otro superior. Y el viaje, por lo general, aunque no siempre, lleva en sí la posibilidad de experimentar un rito de tal naturaleza: es el acceso a un conocimiento nuevo del mundo y de las cosas, después del cual ya no podemos ser los mismos.

No se trata del típico viaje turístico más vendido en que, confiados en el guía, vamos a mirar lo que de algún modo ya sabíamos y esperábamos, y donde la experiencia del viaje ya está programada rutinariamente, al punto que nuestro guía no hace más que repetir el mismo guión a los grupos sucesivos de turistas que llevan consigo a todas partes sus rutinas de vida, sus inmovilidades y sus hábitos. No se trata del paisaje estereotipado de la misma postal de todas partes en que se mira superficialmente la realidad para encontrar en ella, no nada que produzca una ruptura de nuestra percepción del mundo, sino aquello que viene a confirmar el modo de mirar de siempre, para dejar sólo el puro placer de mirar desde lejos las notas pintorescas del mundo en todas partes. No es más que el refrescarse momentáneo de nuestros sentidos. El verdadero viaje es otra cosa. Es viaje hacia el origen. O viaje hacia lo Otro.

En *Morir en Benares*, de Bernardo Enrique Flores, el viajero es un buscador, un explorador de lo que no sabe aún qué debe encontrar. Este viajero es un hombre que se busca a sí mismo más que a los lugares que va encontrando, porque cada uno de ellos le lleva a una parte de sí mismo desconocida. Pues, en cada trazo que la escritura de la memoria va haciendo aparecer, va construyendo, también, el retrato inesperado de su propio rostro.

Pero es que también hay distintos tipos de viajes. El viaje circular de Ulises en su regreso a Ítaca o el viaje rectilíneo que no termina como el de *El hombre sin atributos* de Robert Musil, donde Anders y Agathe intentan un «Viaje al paraíso», el colmo de la relación amorosa donde se

reúnen las mitades perfectas, como Magris lo refiere: de allí una historia que no se cierra, que no puede concluir y debe permanecer, como es el caso del viaje del hombre moderno, su derivación perpetua, siempre expuesta como un horizonte siempre abierto.

Libro de evocaciones, de aprendizaje interior y de conocimiento en todos sus sentidos posibles, en *Morir en Benares*, el viaje que se reinicia repetidamente tendrá muchas veces como dijimos la estructura de un rito de iniciación, es decir, una entrada, una separación y un regreso, a un espacio nuevo que pertenece a este mismo universo de lo real pero en un nivel distinto.

Y el primero, el viaje inicial de los relatos, nos lo confirma. Uno de los símbolos fundamentales del viaje interior es el del Laberinto. En la visita al maravilloso poema de la Catedral de Chartres, Flores se maravilla subyugado por el enigmático trazado en el piso de dicha Catedral. Y en el espacio sagrado del templo, realiza el recorrido en búsqueda del centro. El laberinto le produce, entonces, el misterioso atractivo que tendría un abismo, como dice Cirlot, al tiempo que refiere su contenido como símil perfecto de la vida misma.

En la secreta y hermosísima Ávila, pasea en busca de las huellas de Santa Teresa de Jesús y de sus extraordinarias proezas espirituales, llenas a su vez, de pasmosa sencillez. Frente al murmullo del turismo trivial y a su ruido de rebaño impertinente de fotomaniáticos, el viajero serenamente se deja llevar por la memoria de la mística mujer y de los símbolos que permanecen en el camino que ella hizo, a los cuales el viajero deja hablar por sí mismos.

En otras crónicas, excelentemente matizadas por un ritmo narrativo sencillo y un humor suave, Flores nos pasea por la memoria y por la recreación viva de una historia cultural excepcional. Destacan así, el viaje a China y la Ciudad Prohibida, la visita al monasterio Potala en su viaje a Lhasa, la capital del Tíbet, la visita a los Templos eróticos de Khajuraho en la India, una visita a Delfos, el santuario de Apolo en

Grecia, al Alcázar de Segovia, y, sobre todo, a Benares, la más sagrada de las ciudades hindúes.

Y, por supuesto, en Benares, al misterioso y prodigioso río Ganges, donde «la intensísima vida se da la mano con la oscura muerte». Es esta ciudad, un «vado cargado de energía», nos dice Flores, «un lugar por donde cruzar desde el mundo material hasta el mundo espiritual». Allí reconocemos que la última ciudad del libro, es, entonces, la que dio origen a este otro viaje literario que fue su escritura.

No hace falta decir que esta escritura es otro viaje. Un viaje otro: el viaje hacia sí mismo. Y el círculo se cierra: pues, a la orilla del Ganges se originó la promesa y el deseo de narrar la experiencia de todos estos viajes. Probablemente, con la más conmovedora de las aquí evocadas y la de mayor impronta para Flores, quien nos confiesa en las últimas líneas, refiriéndose a Benares, la profundidad de esta misma: «No fui yo quien te visité. Fuiste tú quien abrió mi puerta en la hora del amanecer. Deseé no haberte conocido, pues igual que a la diosa Gangá, algo mío quedó en tu ribera, y sé que volveré a recogerlo».

El círculo se cierra, entonces, a la manera de un viaje de regreso. Porque cerrar un mundo es completarlo.

Lázaro Álvarez